

## Breves notas sobre el Centenario del Hospital «Gómez Ulla»

Atendiendo al anuncio de la conmemoración del Centenario del Hospital «Gómez Ulla» he decidido escribir mis impresiones sobre su evolución desde que lo vi por primera vez en 1953 con motivo de las oposiciones para el ingreso en el Cuerpo de Sanidad Militar. No es pues un trabajo de carácter histórico que requiera la investigación de datos precisos y una determinada bibliografía y no pasa de ser una simple opinión personal sujeta a toda clase de salvedades y matices, pero por otra parte es la expresión de lo que yo he vivido como tantos otros miles de personas relacionadas o no con la profesión médica y vinculados más o menos tiempo al trabajo del hospital durante este casi medio siglo.

En esos primeros años solíamos llegar al hospital en tranvía hasta la Glorieta del Ejército en donde daba la vuelta, pero las vías penetraban en el interior del recinto hospitalario a lo largo de los diversos pabellones ya que, en épocas anteriores, se había trasladado a enfermos y heridos casi hasta las mismas salas desde la estación del ferrocarril adonde habían llegado desde diferentes puntos de la Península o procedentes de las campañas en tierras africanas. Para mí el hospital tenía entonces prestigio que le daba el haber pasado por él las grandes figuras de la cirugía militar durante la guerra y el ser uno de los mejores centros de formación de especialistas. Yo no conocí a Gómez Ulla pero sí conocí a varios de los que habían sido sus alumnos y colaboradores.

Varios años después, en 1961, fui destinado allí como médico de guardia y trabajé en diversas clínicas quirúrgicas y médicas. Aprendí muchas cosas pero confieso que no tengo la menor nostalgia de aquella época. Siento respeto por el pasado que es también respetarse a uno mismo pero no me gustaría sentarme otra vez detrás de aquella vieja mesa de madera en el despacho del médico de guardia, entre aquellos muros con desconchones de la pintura y manchas de humedad que yo trataba de tapar con las láminas de un calendario; una de esas láminas, preciosa, era de la Gioconda; tan bonita era que se la tuve que regalar a un compañero que me la pedía con insistencia para completar su colección y, naturalmente, volvió a verse la mancha en la pared. No me gustaría recibir otra vez a esa multitud de pacientes más o menos graves y tratar de localizar a mis otros compañeros de guardia o a las hermanas de las salas, ocupadas generalmente en su trabajo en los diferentes pabellones del hospital y con una comunicación interior no todo lo rápida y segura que hubiera deseado en momentos de angustia. No me gustaría volver a ver aquellas salas habilitadas en los

sótanos de algunos pabellones por falta de camas en las salas normales, lóbregas, húmedas, con mala luz y ventilación y a las que D. Juan Pablo D'Ors, en su afán de dar un calor humano a todo lo que le rodeaba, había conseguido bautizar con el nombre de "Salas de los Santos Justo y Pastor". No me gustaría que me llamarán otra vez para poner orden en la Clínica de Presos, con aquella sala común en la que los pobres enfermos agitados habían organizado una auténtica revuelta con destrozos de camas y mesillas en medio de una nube de polvo irrespirable mientras uno de ellos blandía en su mano la pata de una mesa rota amenazándome cuando yo me acercaba a él lentamente para calmarle hasta una distancia tan mínima que hacía imposible ya el uso de su "arma".

En todos estos años he tenido tiempo de ser médico y alguna vez también de ser enfermo, una manera muy eficaz de aprender un poco más de Medicina. En 1992 tuve un cólico nefrítico el último día de una visita turística a Praga; a mi llegada al aeropuerto de Barajas pasé directamente al Servicio de Urgencias del Hospital en donde me rodearon rápidamente de análisis, radiografías, y medicamentos que me devolvieron curado a casa a las pocas horas. Mientras estaba en la cama del hospital pensaba en el abismo que separaba todo aquello desde mis tiempos de médico de guardia en el antiguo hospital y, aunque ahora estaba enfermo, sentía la profunda alegría de ver que mis sueños de un servicio de urgencia moderno se había por fin cumplido.

Me gusta el cariño y el cuidado con que se ha recuperado y puesto otra vez en funcionamiento el viejo reloj del pabellón de entrada. Me gusta que ahora apretando un botón en la mesilla de cualquier habitación de las plantas te conteste o vaya a verte una enfermera; que aumente el número y la preparación de médicos, enfermeras y de todo el que trabaja al servicio del hospital; la modernización de los equipos y del instrumental; la informatización; por todas partes las pantallas de los ordenadores controlando la gestión de los servicios.

Quiero seguir soñando y pensando que en el nuevo hospital todo está bien y no hay problemas. A veces, hasta sueño que en su actual misión docente se está enseñando en primer lugar a futuros médicos y enfermeras, como ya aconsejaba Marañón, el manejo de la silla para que el paciente se siente con tranquilidad a contar sus problemas; instrumento incompatible con la prisa y con el que es posible poner en práctica lo que ya nos habían enseñado los griegos en el amanecer de nuestra Medicina y nuestra Cultura.

Jesús Bescós Torres, *Cor. San. Med. (Ret)*  
Madrid, marzo de 1996